Hace poco tuve una cita (silbidos y exclamaciones). No voy a contar detalles ahora, no tiene nada que ver, pero fue horrible, fue horrible (risas). La cosa arrancó más o menos así: él me preguntó:

-Che, y vos ¿a qué te dedicás?

-Bueno mirá, yo soy investigadora de CONICET, soy científica y, actualmente, me encuentro trabajando en el estudio y desarrollo de formulaciones liposomales que encapsulen mucolíticos para el tratamiento de enfermedades pulmonares tanto crónicas como agudas (risas y aplausos). ¿y vos a qué te dedicás?

No me llamó nunca más ¿podés creer? (risas).

¿Pero por qué se asustó tanto? ¿Qué? ¿No hay mujeres científicas? Hay, y hay un montón, pero pareciera ser que por cada mujer científica famosa que todos conocemos, hay muchos más hombres científicos famosos que todos conocemos. Mujeres científicas hay, pero pareciera ser que los hombres llegan más lejos.

¿Y por qué pasa esto? Bueno, a mediados de 1800 hubo científicos que después de pesar cerebros de mujeres y de hombres, llegaron a la conclusión de que las mujeres somos menos inteligentes por tener un cerebro más liviano.

A ver, crac de la objetividad, el cerebro de la mujer es más liviano que el cerebro del hombre, pero toda la mujer es más liviana que el hombre, ¿está bien? (aplausos). Justo yo no mucho, pero no importa. Vengo complicada el verano, le puede pasar a cualquiera (risas).

Siempre se pensó que eran... A ver, la inteligencia no tiene que ver con el peso del cerebro. Las mujeres no somos menos inteligentes que los hombres. Pero sí más sensibles. Y pareciera ser que eso es un problemón.

Hace poco, un científico que se llama Tim Hunt, que le dieron un premio Nobel. Él dijo lo siguiente:

-No es conveniente que hombres y mujeres trabajen juntos en un laboratorio porque tres cosas ocurren cuando hay mujeres. Primero: te enamorás de ellas.

No lo voy a poner en duda, soy bastante adorable (risas).

-Segundo: ellas se enamoran de vos. Tercero: si las criticás, lloran.

No me voy a detener en el tercer punto porque ya me genera bastante violencia. Pero vamos al segundo punto: ellas se enamoran de vos. Éste es Tim Hunt (risas y aplausos).

¿Se enamoran de vos Tim Hunt? Dale Brad Pitt, ¡por favor!

Muchas mujeres se quejaron de los dichos de Tim, y él tuvo que renunciar a su cargo en la Universidad de Londres. De lo único que se arrepiente es de haber dicho todo esto frente a la prensa, no de lo que dijo.

Pero, a veces me pongo a pensar qué fue lo que me llevó a mí a estudiar una carrera científica. Me acuerdo de un par de cosas. Me acuerdo que era un día del niño y yo tendría unos seis años, y a todas mis amigas les regalaban muñecos, de esos que parecen bebés de verdad porque, a las mujeres, cuando somos chiquititas, nos regalan o muñecas o espejos, nunca lupas o juegos de encastre. Cuando yo tenía seis años, en ese día del niño, mi vieja me regaló un juego de química. Yo no esperaba un juego de química. No podía creer la cantidad de cosas que podía hacer. Era feliz con ese juego de química.

Mi vieja, después se dio cuenta que hubiese sido mejor regalarme una muñeca. La casa hubiese estado un poco más limpia y ordenada. La química en manos de una nena de seis años mancha chicos, ¿sí?

Pero quizás fue eso lo que me llevó a estudiar una carrera científica, no lo sé.

Me encantan las mujeres… las historias de mujeres de ciencia que lograron un montón de cosas porque fueron capaces de sobreponerse a un montón de prejuicios.

Elvira Rawson, por ejemplo. Elvira Rawson fue una de las primeras médicas argentinas. En 1890, durante la Revolución del Parque en Buenos Aires, ella estuvo atendiendo heridos durante tres días. Dicen que hasta le cambió la herradura a uno de los caballos en la ambulancia en donde iba. Y esto le valió un reconocimiento de Leandro N. Alem, que dijo que mujeres como Elvira eran un estímulo para su marido y sus hijos. ¡Un estímulo! (risas). Le cambió la herradura a un caballo ¿y es sólo un estímulo? ¿Qué más tenía que hacer? ¿Alinearlo y balancearlo? (risas y aplausos).

Me encantan las historias. Hay un montón de mujeres de ciencia que tienen historias geniales. Igual, ojo, Leandro N. Alem era un de las mentes más abiertas de la época. Lo que dijo de Elvira fue realmente un halago. Había gente peor.

Me encantan. Hay muchas mujeres de ciencia súper interesantes. Rosalind Franklin, por ejemplo. Rosalind Franklin fue la que ayudó a descubrir cómo era la estructura del ADN. Y este descubrimiento valió un Nobel, que no le dieron a Rosalind, obviamente, sino a tres científicos llamados James Watson, Francis Crick y Maurice Wilkins. La cosa fue así: Rosalind fue la que le sacó la foto a la molécula de ADN. Y ojo, esto no es algo fácil de hacer. No es que vos te parás frente a la molécula de ADN y con decisión le decís:

-Quieta, decí whisky.

No, es una imagen muy difícil de obtener y muy difícil de analizar. Y se hace con rayos X.

Rosalind obtuvo esta imagen y parece que Wilkins se la robó y se la llevó a sus amigos Watson y Crick. Ellos publicaron los resultados y, para cuando les dieron al Premio Nobel, ni se acordaron de mencionar a Rosalind. Ella ya se había muerto antes de cáncer de ovario, probablemente causado por trabajar con rayos X y andar sacándole fotos a moléculas de ADN.

Hoy, a la estructura del ADN se la conoce como doble hélice de Watson y Crick. Yo le digo doble hélice de Rosalind, ¿está bien? (aplausos).

Siempre escucho por ahí que las mujeres somos más prolijas, más ordenadas y más detallistas que los hombres. Que si tal ministro de economía administra los fondos del país como mi tía Adela, salimos de la crisis. Yo no sé si somos más prolijas, más detallistas y más ordenadas que los hombres. Lo que sí sé es que muchos laboratorios, a muchas de nosotras, nos usan de secretarias. Los hombres son los que tienen las grandes ideas. Nosotras, parecería ser que somos buenas acompañando, pero que no somos buenos líderes. Medio raro.

Cuando yo me recibí, mi mamá estaba feliz de tener una hija profesional, feliz. Y me regaló esto. Miren qué lindo. Este trajecito negro. Re hermoso, ¿no? Lo usé nada más cuando me dieron el título, porque toda mi tesis yo la hice trabajando con ratoncitos, y los ratoncitos hacen pis y caca, y no va mucho con ese trajecito. Igual me encantaría volver a usarlo, porque aparte significaría que me entra (risas). Me haría muy feliz (risa).

En la Carrera de Investigador Científico de CONICET hay muchísimas mujeres, pero sólo en las instancias iniciales de la carrera. Los cargos superiores la mayoría son hombres. Somos buenas acompañando.

Y, justamente por acompañar, hay muchas mujeres que quedaron opacadas. Ella es Mileva Marić. Mileva Marić era la matemática más sobresaliente de su época, era increíble. No se manejaba mucho con el temita de los accesorios, ¿no? Ese moño ahí Mileva. No había muchas amigas que le dijeran:

-Menos Mileva, menos. (Risas)

No muchos conocen... No es muy conocida Mileva. Ella no es muy conocida. Pero sí conocemos a su marido. Era la esposa de Einstein. Esto de que detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer, en el caso de Mileva, fue muy real. Ella siempre estuvo detrás de Einstein. No porque ella así lo quisiera, obviamente. Estuvieron casados hasta 1914, después se separaron. En 1922, a Einstein le dieron un Premio Nobel por describir el efecto fotoeléctrico. Y dicen que todo fue con ayuda de Mileva con quien tenía discusiones científicas cuando vivían juntos en Zúrich. Mileva no aparece en ningún trabajo de Eistein.

Pero si yo les digo: mujer científica, a todos se nos viene a la mente Marie Curie, y está bien que sea así, si hasta se ganó dos Premios Nobel, ¡dos Premios Nobel! Fue la primera persona en llegar a tener este logro. No la primera mujer. La primera persona. Y además de todo esto, Marie Curie tuvo dos hijas, fue mamá. Ellas son las hijas de Marie Curie. Una es Ève y la otra es Irène. Ève nunca en su vida pisó un laboratorio de investigación. Irène, era científica como la madre. ¿Cuál es cuál? Es obvio, ¿no? (risas).

En aquella época, la ciencia, era todavía un terreno más de hombres. Entonces Irène tuvo que ser uno de ellos, y se ve que le fue bastante bien. Einstein escribió en una carta que Irène parecía un granadero. Y ojo, Irène también se ganó un Premio Nobel.

Para que dimensionemos, desde que se empezaron a entregar a la actualidad, se dieron alrededor de 900 Premios Nobel. De esos 900, 50 nada más les dieron a mujeres. De esos 50, la gran mayoría son Premio Nobel de la Paz y sólo seis son de Química y Física. Y de esos seis, la mitad son de las mujeres Curie, dos de la madre y uno de la hija. ¡Qué difícil debe haber sido ser Ève Curie!, lo único. No te dieron Nobel, nada.

-Ma, me saqué un nueve en química.

-Tu hermana se sacó un Nobel, no me sirve.

(Risas)

Pero cualquiera pensaría que la ciencia es tan demandante, que Irène no tenía tiempo para arreglarse. Pero yo creo que es al revés. Para ser creíble, Irène tenía que prestarle poca atención a su imagen. Para ser creíble, Irène tenía que parecer un hombre.

Que quede claro: podemos ser líderes, sin duda que podemos ser líderes. Podemos ser Rosalind y Mileva, siendo debidamente reconocidas. Y podemos ser Irène, ganándonos un Premio Nobel con los labios pintados.

Si vos hoy le pedís a cualquier nene que te dibuje una persona que trabaja en ciencia, seguro que te dibuja alguien mayor, con anteojos y hombre. Nunca una petiza, medio gordita, rubia, que tiene malas citas (risas).

Pero yo no soy mayor, no soy mayor, no uso anteojos y no soy hombre, pero sí soy científica. Y esto no es contra los científicos, al menos no en contra de todos, pero sí a favor de nosotras, las científicas, que tenemos un montón de cosas para decir. Porque nos podemos estar perdiendo de ideas.

Imaginémonos qué hubiese pasado si Einstein, en lugar de escucharla a Mileva, la ignoraba y le pedía que le dé un café con leche. Tengamos cuidado, porque podemos estar perdiéndonos descubrimientos geniales e ideas revolucionarias, sólo porque vienen de un cerebro más liviano.

¡Gracias!

(Aplausos)